El Gondolero

F. Coll

EL GONDOLERO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Y CINCO CUADROS

ARREGLADO Á NUESTRO TEATRO

POR D. G. F. COLL,

Y

D. M. A. LASHERAS.



MADRID.
IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1837.

PERSONAS.

Blanca de Visconti.
Astolfo Visconti.
El procurador Contarini.
Gaspardo, gondolero.
Rafael, religioso franciscano.
El brigadier Cárlos.
El condestable Sforcia.
El comandante Francisco Sforcia.
El justicia Ricardo.
Enrique.
Eduardo.
El senador Tiepolo.
El capitan Genaro.
Un soldado.
Un heraldo.

Guardias, nobles, senadores, familiares, gente del pueblo.

ACTO PRIMERO.

Salon magníficamente adornado en el palacio de Contarini, en Milan. Puerta grande en el fondo, desde donde se verán otros salones preparados para un baile. Espejos, mesas de juegos &c. A la derecha una ventana en el segundo bastidor.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO. ENRIQUE.

Eduardo mirando por la ventana; Enrique entra por el fondo, observándole.

Enr. Hola! Eduardo!

Edu. (*Volviéndose.*) Dios os guarde, monseñor.

Enr. (*Riéndose.*) Me llama monseñor...! Tan pronto desconoces á un antiguo condottiero de la banda invencible, que fue tu compañero cuando la mandaba el anciano Sforcia?

Edu. Qué veo! no es Enrique?

Enr. El mismo.

Edu. Y cómo te hallas aqui vestido á lo señor, y convidado al baile del procurador Contarini?

Enr. Ay! amigo mio, en los diez años que han trascurrido desde que fue disuelta nuestra banda por la elevacion de nuestro gefe á la dignidad de condestable y general de los ejércitos milaneses, he hecho cuanto hay que hacer, escepto prosperar... y ahora soy espía de nuestro soberano Astolfo Visconti.

Edu. Y como tal asistes á la fiesta de esta noche...?

Enr. Pues...

Edu. Ah! ya nada me sorprende.

Enr. Qué quieres, Eduardo...? Es preciso buscarse la vida honradamente... Y tú, qué haces?

Edu. Soy guardia particular del procurador, y desempeño

interinamente el delicado cargo de gefe de los familiare del palacio Visconti... en una palabra, prendo y doy tormento á los que tú denuncias.

Enr. Pues amigo, tienes un par de empleos!

Edu. Qué quieres, Enrique? Es preciso buscarse la vida honradamente...

Enr. Es muy justo...!

Edu. (*Mirando al fondo.*) Hácia aqui se dirige el procurador... y si no me engaño, viene con él su esposa, la condesa Blanca de Visconti. Cosa estraña!

Enr. Por qué?

Edu. Porque desde que se han casado, la condesa ha vivido retirada en su quinta, y el procurador no ha salido de este palacio. Casi estoy por creer que esta es la primera vez que se hablan.

ESCENA II.

DICHOS. EL PROCURADOR CONTARINI. BLANCA DE VISCONTI. EL FRANCISCANO RAFAEL.

Cont. (*Entrando por el fondo con Blanca.*) Apenas habeis llegado, y ya pensais en marchar?

Blan. Conde, si he dejado mi soledad y he venido á esta fiesta, ha sido por ceder á vuestros deseos, y á las instancias de vuestro favorito Ricardo. Justo será tambien que cedais á las mias, y me permitais volver á mi retiro.

Cont. Cedo, señora... pero me parece estraño que la hija del duque de Milan y esposa del procurador de San Pedro, honre tan pocas veces con su presencia el palacio Contarini. (*Viendo á Enrique.*) Hola! Enrique! (*Enrique saluda.-A Eduardo.*) Y tú, qué quieres, Eduardo?

Edu. Vengo á preguntaros cuántos arcabuceros formarán para recibir al condestable y al comandante Francisco Sforcia.

Cont. Dos compañías.

Edu. Igual número que para el duque de Milan!

Cont. Igual! El pueblo atribuye á la pericia del comandante Sforcia la victoria conseguida sobre los huestes del conde de Carmagnola, cuando solo se debe al valor de nuestros soldados. Y para lisonjear al pueblo recibi-

remos con la mayor magnificencia á los Sforcia.

Edu. Está bien, monseñor.

Cont. Di á Gaspardo, el gefe de mis gondoleros, que entre. (*Vanse Eduardo y Enrique.*) Voy á disponer vuestra marcha. (*A Blanca.*)

Blan. Os doy las gracias.

Gasp. (*Entrando.*) Monseñor, me llamais...?

Cont. La condesa volverá á media noche á su quinta; dispon que su góndola se halle al pie de esta ventana.

Gasp. Teneis algo mas que mandar, monseñor?

Cont. Puedes retirarte. (*Vase Gaspardo despues de haber mirado por la ventana.*) Ya aparecen en el canal Tesinello las góndolas de los nobles y de los senadores que vienen á nuestro baile... Al ver cubiertos asi los canales de góndolas iluminadas me parece que estoy en la hermosa Venecia... Ya se detienen á la entrada del palacio .. voy á recibirlos... espero que no os hareis desear. (*Le besa la mano, y vase.*)

ESCENA III.

RAFAEL. BLANCA.

Blan. Estais contento, padre mio?

Raf. Sí, hija mia... sí... Huid de la sociedad en que podais ver al comandante Sforcia. La muger que el dia de su casamiento tenia puestos sus pensamientos en otro hombre que no era su marido, debe consumar el sacrificio, debe tener valor.

Blan. Lo tendré, padre mio.

Raf. Sobre todo, desconfiad siempre del cortesano Ricardo.

Blan. (*Viéndole entrar.*) Vedle ahí.

Raf. Ya!

Ric. (*Aparte.*) Siempre este fraile! (*A los convidados, que estarán fuera.*) Señores! aqui está la condesa. (*Viene acompañado de Genaro, Tiepolo y Melatta. - A Blanca.*) Queremos ser los primeros en tener el honor de saludaros esta noche, condesa Contarini.

Blan. Agradezco vuestros respetos, señores. (*A Melatta.*) Bien venido, conde Melatta. (*Viendo á Genaro.*) Dios os guarde, capitan Genaro. (*A Tiepolo.*) Cómo...! tambien el senador Tiepolo...?

Tiep. En efecto, condesa, debe sorprenderos ver al hombre melancólico en medio de la alegría; pero despues de una victoria como la del comandante Sforcia, todo milanés debe participar del júbilo universal.

Ric. Nada tiene de estraño ver aqui al austero senador Tiepolo, cuando tenemos á la vista al [illegible]cano Rafael, que ha desertado de su [illegible]a y abandonado sus oraciones por venir á celebrar el triunfo del comandante.

Raf. Os incomoda por ventura mi presencia, señor justicia?

Ric. Al contrario, me complace mucho, y con mas razon, cuando tengo que daros una buena noticia.

Raf. Hablad.

Ric. El padre santo ha escrito á nuestra corte para que mande á uno de sus ministros á ocupar un asiento en el santo consejo... y espero que entre el procurador Contarini y yo conseguiremos del duque que seais vos el elegido para tan honorífico encargo.

Raf. Le creo superior á mis fuerzas, y le renunciaré.

Ric. Milan señala á su enviado tres mil cequíes al año, y le concede ademas el derecho de llevar la cruz de oro y la capa de terciopelo.

Raf. A mi edad, el que no tiene remordimientos, el que cree en la virtud y en la amistad, no ambiciona honores ni riquezas.

Ric. Creer en la amistad es una locura... y el que dice que cree en la virtud, miente.

Blan. (*Indignada.*) Ricardo...!

Raf. Oh! tranquilizaos, señora; hay ultrajes que no ofenden... pero ya que el señor Ricardo me ha juzgado en vuestra presencia, me permitireis que le diga que he estudiado con detencion el corazon del hombre, y contado una por una las horas de mis desgracias y de mi felicidad antes de hablar de este modo; porque, Ricardo, yo tambien he tenido épocas de amargura y de desesperacion... Hace cerca de veinte ~~y cinco~~ años que fui injustamente arrojado de Italia, y deportado como un rebelde; dos compañeros sufrieron la misma injusticia, y los tres partimos sin mas apoyo que nuestra desgraciada union, que se deshizo bien pronto, separándonos cruelmente. La galera de destierro que nos conducia se detuvo dos veces para desembarcar á mis dos desgraciados

amigos, y me llevó á mí á un pais lejano. Mil veces llamé la muerte en mi socorro: unos peregrinos que me encontraron se apiadaron de mí y me consolaron repitiéndome palabras de resignacion y de bondad, y oyendo hablar á aquellos hombres piadosos, que eran religiosos de San Francisco, entonces, Ricardo, aprendí á creer en la virtud... Tomé el hábito de franciscano, y cuando espiró el tiempo de mi destierro, regresé á Milan con la esperanza de encontrar á mis dos compañeros; antes de llegar á la ciudad me detuve en una posada para descansar un rato, y vi á dos hombres sentados á una mesa. Uno de ellos decia: "Hermano, Dios ha permitido que los dos nos encontrásemos; dejemos en esta mesa un vaso, y á nuestro lado un escaño para nuestro compañero Rafael... Si el cielo nos le envia algun dia, verá que nunca nos hemos olvidado de él..." Me levanté enternecido, me aproximé á la mesa, y me senté silenciosamente en el escaño que estaba preparado para mí... mis dos amigos me reconocieron... nos precipitamos los tres en los brazos unos de otros, y entonces, Ricardo, aprendí á creer en la amistad. (*Se oyen tocar trompetas.-Voz de un heraldo en el fondo.*) Plaza á su alteza Astolfo Visconti, duque y protector de Milan... Plaza al duque...!

Blan. Vamos, señores... venid á saludar á vuestro príncipe... yo voy á abrazar á mi padre. (*Se dirigen al fondo: el duque Visconti aparece seguido de cortesanos, caballeros, pages, y de Contarini.*)

Vis. (*A los que le acompañan.*) Sí, señores, he recibido á los embajadores de Venecia, que ofrecen entregarnos las fortalezas de Brescia si les concedemos una tregua de cinco años. (*Tomando la mano á su hija, y adelantándose al proscenio.*) A Dios, hija mia...! (*A los señores.*) ~~El cielo os guarde, señores.~~

Blan. Permitid que os abrace, padre mio.

Vis. (*Abrazándola.*) Qué hermosa estás...! (*Se oyen voces.*) .. Qué voces son esas? (*Vuelve á oirse.*)

Cont. El pueblo, sin duda.

Vis. Y qué quiere?

Cont. (*Llamando.*) Eduardo! Gaspardo! Hola! (*Aparece Gaspardo en el fondo.*) Quién grita de ese modo en las calles? (*Vuelven á gritar.*)

Gasp. El pueblo, que saluda con aclamaciones de alegría al condestable Sforcia, que se dirige á este palacio con su hijo el vencedor de Carmagnola.

Vis. (*Aparte.*) Ya me lo figuraba! (*Se oyen gritos. Todos se dirigen hácia el fondo, escepto Visconti, Contarini y Ricardo.*) Mirad á los milanes besando la tierra que el condestable pisa.

Cont. Habeis permitido que se levantase á vuestro lado un ídolo, y el pueblo le adora.

Vis. Necesitaba la alianza del temible condottiero, y la compré entregándole la espada de condestable.

Cont. Pero y despues?

Vis. Despues le he mandado veinte veces al campo de batalla, y siempre ha encontrado la victoria y nunca la muerte.

Cont. Oh! Duque, no es al septuagenario condestable al que temo, sino á su hijo el comandante, que ha sabido conciliarse ya el amor de todo el ejército... El condestable se ha contentado con el título de gran guerrero; pero y si el comandante, mas ambicioso que él, dirigiese sus miradas hácia el trono!

Vis. Ya lo he tenido presente.

Cont. Y habeis pensado tambien que es preciso prenderle antes que conozca lo que puede...?

Vis. Cuidado, Contarini, que el pueblo vela por él.

Cont. Y qué os importa el pueblo?

Vis. Hace veinte y cinco años, siendo yo gobernador de Placencia, que un hombre del pueblo me dió una puñalada, y á pesar de que llevaba una cota de malla, me hirió en el pecho, dejándome tendido en tierra, donde indudablemente hubiera perecido á no ser por Ricardo, que me socorrió...

Ric. Es cierto.

Vis. Y desde entonces aquella herida no ha cesado de incomodarme; este es el motivo por qué respeto al pueblo.

Cont. Pues bien, desacreditemos al comandante á los ojos de ese pueblo tan temible, y conseguiremos nuestro objeto.

Vis. Cómo conseguirlo?

Cont. Busquemos un medio, y le encontraremos.

Vis. Mucho lo dudo...

Cont. (*A Ricardo.*) Y tú, Ricardo?

Ric. Yo tengo esperanzas... monseñor... (*Se oyen cornetas.-*

Voz de un heraldo en el fondo.) Plaza al condestable de Milan. Plaza al comandante Sforcia.

Ric. Ahí los teneis.

ESCENA IV.

DICHOS. EL CONDESTABLE. FRANCISCO Y CÁRLOS, *seguidos de mucha gente del pueblo.* GASPARDO *se sitúa de modo que pueda observar al comandante.*

Vis. (*Al condestable.*) Nos disponiamos para salir á recibiros, condestable.

Con. Señor, nosotros debemos presentarnos á nuestro príncipe.

Cont. (*Al comandante.*) Comandante, permitid que en prueba de nuestra amistad os felicite con la mayor sinceridad.

Con. De esa sinceridad me convencerá el tiempo. (*Durante esta escena el comandante parece estar inquieto buscando con la vista á Blanca, y Ricardo le observa.*)

Cont. (*A los convidados.*) Milaneses...! Esta noche el condestable es nuestro huesped; que no cese de tocar la música un momento. Corra en abundancia el vino de Chipre... y cubra el oro las mesas de Faraon. Vamos, señores, seguidme, y festejemos al condestable.

Con. (*Al duque, que le cede el paso.*) No puedo permitir... (*El duque sale el primero seguido del condestable.*)

Ric. (*Al comandante, que observa á Blanca.*) Comandante, os envidio el honor de ofrecer la mano á la condesa Contarini. (*El comandante parece que vuelve en sí de una reflexion, y le ofrece la mano á la condesa manifestando los dos una grande emocion; marchan con paso lento. - Ricardo, despues de haberlos observado, aparte:*) Se aman, y se declararán su pasion. (*Pasando al lado de Rafael, que los observa.*) Haceis mal en guardarme rencor, padre Rafael. (*Dirigiéndose al fondo.*)

Raf. (*Siguiéndole con la vista.*) No, Ricardo; estoy observando como tú.

Gasp. (*A Rafael y á Cárlos, que han esperado á que todos se marchen.*) Por qué os quedais?

Ric. Para darte un abrazo.

Gasp. (*Dándole la mano.*) Te habia comprendido.

Raf. Y yo, porque queria deciros que despues del baile es preciso que nos veamos aqui.

Gasp. Está bien; amigos, hasta luego. (*Rafael y Cárlos entran al baile: Gaspardo sale por la izquierda. Contarini y Ricardo, que habrán permanecido en una sala del fondo, vuelven á la escena.*)

Cont. Ven, Ricardo, quiero hablarte á solas.

Ric. Para esto os buscaba, monseñor.

Cont. Has conocido lo mismo que yo que el duque Visconti no sabe sostener su corona?

Ric. Nosotros debemos conservarla en su cabeza...

Cont. Tambien podemos perderle... tenemos mucho oro, y en Milan hay muchos ciudadanos corrompidos.

Ric. Los dos solos bastamos para darle muerte.

Cont. No es suficiente que muera, es preciso que quede deshonrado.

Ric. Tambien podem conseguirlo. Decidme, conde, sois zeloso?

Cont. De mi muger?

Ric. Sí.

Cont. Ya sabes, Ricardo, que mas bien me he casado con el derecho á la corona del duque, que con su hija la hermosa Blanca de Visconti.

Ric. Pero si vuestra esposa amase á un jóven, qué hariais?

Cont. La compadecería.

Ric. Y si un jóven amase á la condesa Contarini?

Cont. Le desterraria políticamente, obligándole á aceptar un grado en nuestro ejército de las colonias.

Ric. Y si ese jóven fuese el comandante Francisco Sforcia?

Cont. Oh...! moriria!

Ric. Y podriais decir le he matado, porque atentaba contra mi honor.

Cont. Pero quién te ha dicho que se aman?

Ric. Hace dos meses que espío sus acciones, y he sorprendido su secreto.

Cont. Durante ese tiempo la condesa no ha visto al comandante.

Ric. No importa; la separacion reconcentra el amor, pero no le apaga... y aunque vuestra esposa viva retirada en su quinta, no es este un obstáculo para que el comandante no pueda penetrar algun dia en su retiro.

Cont. Ese dia sería el último de su existencia.

Ric. Nos entendemos perfectamente.

Cont. (*Con furor.*) Pero de veras, Ricardo, crees que se atreveria...?

Ric. (*Interrumpiéndole.*) Conde, pronto olvidais que no teneis zelos; tranquilizaos, volved al baile, y procurad entretener al franciscano Rafael.

Cont. (*Dirigiéndose al fondo.*) Asi lo haré.

Ric. Y mañana os daré mas noticias.

Cont. (*Volviendo.*) Cuando sea duque de Milan, tú serás procurador.

Ric. (*Inclinándose.*) Gracias, monseñor. (*Contarini entra en la sala del baile. Ricardo restregándose las manos.*) Ah! Conozco que mi posicion va mejorando, pues que se aleja de mí el maldito temor de ser arrastrado por ese pueblo que tanto me aborrece. Ya que la suerte me sonríe, voy á seguirla en el juego con estos quinientos cequíes... (*Vase, y se aproxima á una de las mesas de juego que se verán en la sala del baile. Blanca y Francisco salen por otra puerta de la misma sala.*)

ESCENA V.

BLANCA. FRANCISCO. *Despues* RAFAEL.

Fran. Por aqui, señora... dejad por un momento esa confusion: sentaos al lado de esta ventana.

Blan. (*Sentándose.*) Gracias!

Fran. El ruido, el resplandor de las luces os habrán trastornado.

Blan. Sí... eso es lo que ha causado mi indisposicion... Pero ya estoy mas aliviada.

Fran. Sin embargo, la palidez cubre todavía vuestro semblante; quereis que llame á vuestras doncellas...?

Blan. (*Con viveza.*) Me siento mucho mejor... (*Aparte.*) Dios mio! ocultad mi turbacion... (*Aparentando tranquilidad.*) Vuestra entrada en la ciudad ha sido un triunfo admirable.

Fran. Triunfo que me ha causado mas pesar que alegría.

Blan. No os comprendo...

Fran. Antes de mi partida, señora, amaba á una jóven como se ama á mi edad, con delirio, pero no quise descubrirle mi amor hasta hacerme digno de ella. Los ve-

necianos nos declararon la guerra; mi padre me confió el estandarte de Milan y la suerte del ejército, proporcionándome de este modo la ocasion que tanto ansiaba; ataqué á Carmagnola, llamado el invencible, y al cabo de tres meses de fatigas, de peligros y de batallas, se declaró vencido; regresé á Milan, y el pueblo me recibió en medio de mil aclamaciones. Pero os he dicho, condesa, que ese triunfo me ha causado mas pesar que alegría, porque acababa de saber que mientras que yo habia estado combatiendo por la patria... la patria habia destruido cruelmente la esperanza y la felicidad que creía disfrutar á mi regreso.

Blan. (*Con interes.*) De qué modo?

Fran. Dando por esposa al procurador Contarini á Blanca, á quien yo amaba.

Blan. (*Aparte.*) Me amaba...! gran Dios... (*Pausa, Levantándose luego con precipitacion.*) Volvamos al baile, comandante.

Fran. Oh! no me dejeis asi, señora, no deis lugar á que pueda creer que me maldecís por haberos mostrado mi alma.

Blan. (*Aparte, ocultando su rostro con las manos.*) Oh! su voz me lastima el corazon.

Fran. Tal vez tanto padecer ha estraviado mi razon...! perdonad.

Blan. (*Ocultando su rostro.*) Él tambien padecia...

Fran. Antes de separarnos, Blanca... pronunciad una palabra, una sola palabra de perdon... Conozco que he hecho mal en declararos mi pasion... qué quereis, no he sido dueño de mí mismo.

Blan. (*Asustada.*) Dejadme... dejadme. (*Se dirige hácia el fondo, y ve á Rafael, que entra.*)

Raf. Condesa... han dado las doce, y vuestros remeros os aguardan. Pero qué teneis...? habeis llorado...? (*Viendo á Francisco.*) El comandante aqui...!

Fran. (*Aparte.*) Lloraba!

Blan. Oh! por qué os habeis separado de mí?

Raf. Vuestro esposo me ha detenido.

Blan. Oh! quiero salir al instante de este palacio.

Raf. Venid... y evitemos que os vean salir; no os detengais.

Fran. (*Aproximándose.*) Tan pronto nos dejais...?

Blan. Es preciso, comandante. (*A Rafael.*) A Dios, padre mio...
Raf. Os acompañaré hasta la góndola... (*Salen juntos.*)

ESCENA VI.

FRANCISCO.

Lloraba...! Oh! me ama...! sí, me ama... Ha derramado una lágrima por mí... Oh! una lágrima de Blanca compensa todas mis penas. (*Viendo al condestable.*) Mi padre!

ESCENA VII.

FRANCISCO. EL CONDESTABLE.

Con. Gracias á Dios que te encuentro; qué haces ahí solo?
Fran. Nada...
Con. Francisco, tú me ocultas algun pesar; confiamele.
Fran. Sí, os le confiaré, con tal que correspondais á mi confianza.
Con. Habla... qué quieres?
Fran. Decidme, amabais mucho á mi madre, á quien nunca he conocido? (*El condestable vuelve la cabeza.*)
Con. Por qué me haces esa pregunta? No has notado lo que padezco siempre que me hablas de ella?
Fran. Sí, padre mio, lo he notado, y nunca me quereis contestar...
Con. Pues entonces, por qué insistes...?
Fran. Habrá sido muy culpable, cuando ni aun su nombre me quereis decir.
Con. Francisco... los trabajos y las heridas han quebrantado mi salud, y ya me quedan muy pocos años de vida... el dia despues de mi muerte te entregarán un pergamino que te revelará el destino de la que te dió el ser. Lo leerás, cumplirás mi última voluntad, y me juzgarás. Pero por favor, hijo mio, no me vuelvas á hablar de tu madre.
Fran. Os obedeceré...
Con. Pero... por qué no destierras esa tristeza?
Fran. Estoy contento; esta noche será tal vez la mas hermosa de mi vida... espero pasarla alegremente con unos

oficiales á quienes estoy esperando... vos podreis retiraros cuando os parezca.

Con. Haceis bien en divertiros ahora que sois jóvenes... La vida del hombre es muy corta, y es preciso aprovecharla. Quiero darte un consejo antes de retirarme. Si algun triste pensamiento se apodera de tu imaginacion recurre al vino de Chipre. A tu edad... siempre era yo el último que se levantaba de la mesa... se entiende en tiempo de paz... porque al frente del enemigo... Dios me libre... A Dios. (*Hace como que se marcha, y vuelve cerca de Sforcia.*) Me parece que ya he adivinado la causa de tu tristeza... Es hermosa...?

Fran. (*Turbado.*) Pero padre...

Con. Vamos, vamos...! Has respetado mi secreto, y yo debo respetar el tuyo. Hasta mañana. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FRANCISCO, *viéndole salir.*

Ah! si tú me hubieses dicho: he amado á tu madre con ese amor que transporta y devora, yo te hubiese confiado mi loca pasion por Blanca... Pobre madre mia...! muy criminal habrá sido... Oh! no importa, yo la hubiera amado; pero el cielo no ha permitido que la conociese para que no me quedase ni aun un recuerdo de ella. (*Se queda reflexionando.*)

ESCENA IX.

FRANCISCO. GASPARDO.

Gasp. (*Entrando por la derecha.*) Ya se retiran los convidados... el baile se acaba; Rafael y Cárlos no pueden tardar en venir; si entre tanto pudiera divisar (*Mirando al baile.*) al comandante. (*Se detiene en la puerta del fondo como buscando con la vista á alguno.*)

Fran. (*Saliendo de su meditacion.*) Pero en cambio poseo el amor de Blanca... y este amor será mañana mi recompensa... mi vida... Su debilidad la ha obligado á huir de mí... pero yo mañana iré en busca de ella... mañana... no, sería demasiado tarde para mí... esta misma

noche... al instante... dónde encontraré una góndola? (*Viendo á Gaspardo.*) Ah! aqui está el gefe de los gondoleros del conde... (*Se dirige á Gaspardo, y le toca en la espalda.*) Buen amigo...!

Gasp. (*Con gesto de impaciencia; reconociendo despues á Francisco, se sonrie y se quita el sombrero.*) Qué mandais, comandante?

Fran. Una góndola.

Gasp. Con mucho gusto.

Fran. La noche está apacible, y quiero pasearme por el canal Tesinello.

Gasp. Quereis que os acompañe?

Fran. No, yo mismo remaré... Lo que para tí sería un trabajo, para mí será una diversion.

Gasp. Pues bien, os daré mi góndola, que es mas ligera que un águila; la llaman la golondrina.

Fran. Gracias...! Gondolero, si alguna vez necesitases la bolsa ó la proteccion del comandante Francisco Sforcia, llega con franqueza, ambas cosas estan á tu disposicion.

Gasp. Nada necesito... sin embargo, si me atreviese... os pediria...

Fran. Habla... qué quieres?

Gasp. Vuestra mano.

Fran. (*Dándosela.*) Tómala, amigo mio.

Gasp. (*Enagenado de placer.*) Ah...! cuánto os amo... comandante...

Fran. Y por qué? qué he hecho por tí? (*Gaspardo turbado no sabe qué responder.*) Responde...

Gasp. (*Despues de vacilar.*) Lo que habeis hecho por todo el pueblo, que os adora... (*Con viveza.*) Pero... os he prometido mi góndola... comandante... venid... seguidme... voy á enseñaros el camino. (*Vase por la derecha.*)

Fran. (*Siguiéndole.*) Ahora... á la quinta del conde.

Ric. (*Que lo ha estado observando todo, se separa de la mesa de juego y atraviesa la escena.*) El comandante y Gaspardo han salido juntos. (*Asomándose á la ventana.*) Sí... alli estan; el comandante entra en una góndola. Si le acompañará Gaspardo...? No, el comandante toma los remos... ya se aleja... (*Se adelanta al proscenio.*) Conde, á tí te toca acabar lo que yo he empezado con

tan buenos auspicios... (*Mirando al fondo.*) Ya se desocupan los salones... dejemos salir al duque Visconti, y luego divulgaremos entre algunos nobles las sospechas del procurador, que corriendo de boca en boca llegarán en breve á oidos del pueblo; y la muerte del comandante parecerá justa, conocida la causa. (*Viendo á Gaspardo, que entra.*) Ah! aqui viene Gaspardo; preveámoslo todo... (*A Gaspardo.*) Antes de una hora necesita el procurador una góndola.

Gasp. La empavesada...?

Ric. No; un esquife que sea muy ligero, y que no haga ruido.

Gasp. Con cuántos remeros...?

Ric. (*Marchándose.*) Uno solo... tú.

Gasp. Está bien.

ESCENA X.

GASPARDO *solo.* *Despues* CÁRLOS. *Luego* RAFAEL.

Gasp. Un esquife que sea muy ligero, y que no haga ruido... dijo... Aqui hay intriga amorosa, ó se medita alguna venganza. Y á mí qué me importa...! (*Viendo á Cárlos.*) Hola, Cárlos!

Cár. Muy puntual has sido.

Gasp. Y Rafael?

Cár. Hace un momento que se separó de mí para acercarse á un corro de nobles y de senadores, á quienes estaba hablando con mucho misterio el justicia Ricardo; no debe tardar en venir.

Gasp. Háblame del comandante; está siempre triste y pensativo?

Cár. Siempre...

Gasp. Es posible...?

Cár. Hace algunos dias que no cesa de preguntarme acerca de su madre.

Gasp. Y qué le respondes...?

Cár. Palabras vagas y evasivas; pero ayer me instó tanto, que me vi precisado á hablarle, y le dije: Comandante! Hace cinco años que batiéndome en clase de voluntario á las órdenes del condestable... le vi en gran peligro en lo mas vivo de la refriega... Volé en su socorro, y el furor de sus enemigos se volvió contra mí: sin duda

hubiera sucumbido, á no ser por el general, que acuchilló á mis adversarios: desde aquel dia no nos hemos separado, y me trajo consigo á Milan... Hasta entonces habia estado proscripto, viviendo tristemente lejos de la Italia; en este tiempo se casó vuestro padre, y poco despues perdió su muger, de la que nunca me ha hablado.

Gasp. (*Inquieto.*) Y qué te dijo entonces?

Cár. Nada... pero vi que llevó su mano á los ojos para enjugar una lágrima.

Gasp. Pobre Francisco... Y creías que hubiera yo podido resistir á semejantes pruebas... cuando me decias... ven con nosotros, y serás gondolero del condestable...

Cár. Te lo proponia para que pudieses ver al comandante con frecuencia.

Gasp. No habria podido contenerme, y tal vez hubiera destruido en un momento toda esa perspectiva de gloria y ese halagüeño porvenir que tan cuidadosamente habia construido el condestable... Entré al servicio del procurador Contarini, porque conocí que era el mayor enemigo de los Sforcia... Aqui... escucho... y observo; y si se tramase alguna intriga contra el que hemos jurado amar en secreto, quizás podria descubrirla, y evitar el mal... Este es mi puesto, Cárlos... bien lo sabes, cuando nos encontramos los tres, y vimos al duque Visconti en el trono, y á mi Francisco de capitan de sus tropas, olvidamos la venganza por amar y seguir al hijo del proscripto. En este cariño secreto hemos hallado una nueva existencia; pero algunas veces mi sed de venganza se despierta con el recuerdo de Catalina.

Cár. Tambien se despierta la mia cuando me acuerdo de mi hermana.

Gasp. Pues bien, cuidemos los tres del comandante... Dejemos obrar al destino, y tal vez nos veremos vengados.

Cár. De qué modo?

Gasp. El ejército adora en el comandante y aborrece á Visconti... El comandante se eleva... Visconti desciende; y bien pudiera suceder que dentro de algun tiempo... (*Mira al rededor con desconfianza.*) Chit!!

Cár. (*Con misterio.*) Y bien... Gaspardo...!

Gasp. (*Aproximándose.*) Qué...?

Cár. Que pienso del mismo modo que tú... y es muy facil que suceda.

Raf. (*Corriendo.*) Hermanos, escuchadme...!

Cár. Qué hay?

Raf. Ya os he dicho que la condesa ama al comandante.

Gasp. Sí, sí... todas las mugeres le aman. Qué mas?

Raf. Y ahora vengo á deciros que el comandante ama tambien á la condesa... Ricardo el espía ha sorprendido este secreto... y acaba de revelarle al conde... que ha jurado vengarse. (*Gaspardo y Cárlos se sorprenden.*) No hay que desconfiar, Dios nos protegerá... Yo induciré á la condesa á que deje á Italia... para conseguirlo necesitaré algunos dias; pero entre tanto, Gaspardo, no pierdas de vista al procurador... sigue sus pasos...

Gasp. Sí...!

Raf. Y de noche, vela á su puerta.

Gasp. Asi lo haré.

Raf. Tú, Cárlos... no te separes del comandante... Adónde está ahora?

Gasp. En el canal Tesinello... Hace poco que me pidió una góndola, y al momento se la dí.

Raf. Desgraciado...! le has perdido...!

Gasp. Perdido!

Raf. No ves que el amante sigue los pasos de la condesa, y que el marido seguirá los del amante!

Gasp. En efecto... por eso me han mandado tener pronto un esquife... voy á detenerle...

Raf. Al instante...! (*Deteniéndole.*) No! escucha: no sería facil penetrar en la quinta del conde. Sí... hay una escalera de caracol que está en el fondo de la capilla; tiene una puerta que comunica á la habitacion de la condesa... pero estará cerrada.

Gasp. La derribaré... á Dios! (*Se marcha con precipitacion por el fondo, y al ir á salir se encuentra con Contarini y Ricardo.*)



Cont. Gaspardo, podemos marchar?

Gasp. (*Con frialdad.*) Todo está dispuesto.

Cont. Bien.

Gasp. (*Aproximándose á Cárlos y á Rafael.*) Oh...! no temais; el conde no entrará sin mí.

Cont. (*Llamando.*) Eduardo! Enrique! (*Salen los dos.*) Mi espada, mi coraza, y mi capa.

Gasp. Ha pedido su espada. (*A Cárlos.*) Dame la tuya...

Cár. (*Dándosela.*) Que te sea tan fiel como su dueño.

Gasp. (*Poniendo la espada en su cintura.*) No, no; Dios no permitirá que yo haya precipitado á mi hijo en el abismo...

Cont. (*A Eduardo y Enrique, que acaban de armarle.*) Seguidnos... (*A Gaspardo.*) Vamos, villano.

Gasp. Ya os sigo, monseñor. (*A sus dos amigos, cogiéndoles las manos.*) A Dios, hermanos. (*Vase detras de Contarini.*)



ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Una pieza de la habitacion de la condesa Contarini en su quinta á las orillas del lago mayor.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA *sola. Luego* FRANCISCO.

Blan. Me ama...! sí... me ama...! Oh! esta idea me enagena, y no se separa un momento de mi imaginacion... Oh! cuánto deseaba estar sola para recordar todo lo que me ha dicho, á pesar de que mi confesor no ha cesado de repetirme... Hija mia, declarar vuestro amor, sería cometer un crimen... Ah! mi emocion me ha vendido tal vez... ó me venderá dentro de poco; y la felicidad que he esperimentado ha dejado unos recuerdos tan gratos en mi memoria, que nunca podré olvidarlos. (*Empujan la puerta.*) Quién puede ser á esta hora? (*Entra Francisco.*) Sforcia...!

Fran. Sí, condesa; Sforcia, que no ha podido permanecer en el palacio Contarini despues que vos habeis marchado, y que en medio de su delirio ha seguido vuestros pasos.

Blan. (*Asustada.*) Voy á llamar á mis doncellas.

Fran. (*Deteniéndola.*) No llameis, condesa; parto al instante... y no temais tampoco, porque el amor que os tengo es tan puro como el objeto que me lo inspira. Solo quiero manifestaros el odio que profeso á los que os han casado con el procurador Contarini, á quien no podeis amar.

Blan. Yo nunca he dicho...

Fran. La que como vos pasa sus mas hermosos años re-

tirada de la sociedad, no ama á su esposo... La que consagra una lágrima á las penas que sufre su amante por verla en brazos de otro, tampoco ama á su esposo.

Blan. (*Aparte.*) Dios mio!

Fran. (*Acercándose á Blanca.*) Oh...! si os habeis turbado á mi vista, no me oculteis esa emocion que en el dia es mi única esperanza; y si á su lado habeis padecido, no me oculteis tampoco vuestros pasados padecimientos... Yo no quiero que cometais un crimen... Oh, no...! os amo demasiado... pero no puedo menos de aborrecer á los que se han abrogado el derecho de sumergirme en la desgracia, y tal vez sumergirnos á los dos.

Blan. Oh! retiraos! retiraos! porque solo con escucharos me hago criminal.

Fran. Es preciso que os hable, señora, porque yo no puedo ver con calma que se destruyan para siempre las ilusiones de toda mi vida; es preciso que me escucheis, porque os han sacrificado.

Blan. Soy feliz!

Fran. (*Con pasion.*) No lo sois, señora, ni podeis serlo: os amo demasiado para que mi amor no sea correspondido, y entre los dos existe una simpatía que ni la fuerza ni la razon pueden destruir, porque nace de la inteligencia de nuestras almas.

Blan. (*Asustada.*) Ah...!

Fran. Cuando me hallaba lejos de vos, espuesto á los peligros de los combates, solo vuestro amor ocupaba mi imaginacion, á cada momento me anunciaba mi corazon que mientras yo pensaba en Blanca, Blanca sentia una secreta inquietud por el jóven que tal vez no volveria á ver su patria.

Blan. (*Aparte.*) Ay de mí!

Fran. (*Continuando.*) No es verdad, Blanca, que si Francisco hubiese muerto habriais llorado su pérdida?

Blan. (*Con violencia.*) Oh! muchas veces rogué por vos.

Fran. Habeis rogado por mí...! Oh! Dios oyó vuestras súplicas, porque veinte veces he visto á mi lado la muerte, y siempre me he salvado milagrosamente... Ah! pero vuestro padre ha interrumpido las oraciones que su hija dirigia al cielo por su amante, poniendo en vuestras manos el anillo del procurador Contarini, que solo ve en vos la heredera de un trono.

Blan. Mi padre necesitaba del apoyo del procurador y de sus partidarios para sostener su corona, y el conde pidió mi mano en recompensa de los socorros que el duque de Milan exigia de él.

Fran. (*Interrumpiéndola.*) Oh! no hablemos de lo que ya no tiene remedio... Pero al menos exista entre nosotros un amor secreto, exento de deshonor y de lágrimas. (*Oyese correr un cerrojo.*)

Blan. (*Asustada.*) Quién será...? no ois...? Infeliz de mí! es el conde!

Fran. (*Tranquilizaos.*) El baile le detendrá toda la noche en el palacio Contarini.

Blan. No me dejeis, Francisco, tengo miedo.

Fran. Quedándome á vuestro lado, tal vez os comprometeria. (*Corre á la puerta del foro, y la encuentra cerrada. Se abre otra puerta; el procurador se presenta con coraza.*)

Blan. y *Fran.* Es él!

Cont. (*Afectando calma.*) Comandante, he visto que os dirigíais en una góndola á mi quinta, y me he apresurado á venir esperando encontraros. (*Francisco hace un gesto de sorpresa.*) El consejo se reunirá dentro de una hora para deliberar acerca de la contestacion que Milan debe dar á los embajadores de Venecia, que solicitan una tregua de cinco años; y vos sin duda habeis creido que para decidir en una cuestion tan grave es preciso que dos hombres de estado como nosotros se pongan antes de acuerdo.

Blan. (*Aparte.*) Qué querrá decir?

Cont. El duque quiere conceder la tregua... y á mi parecer este paso puede acarrearnos graves perjuicios. (*A su esposa.*) Señora, una conversacion puramente diplomática es poco agradable para vos, y la presencia de la hija del duque Visconti sería un obstáculo que nos impediria hablar con libertad acerca de la política que su padre observa. (*Le da la mano.*) Permitidme que os acompañe hasta vuestra habitacion. (*La conduce á su habitacion.*)

ESCENA II.

CONTARINI. FRANCISCO. *Luego* GASPARDO.

Fran. (*Aparte.*) Para qué tantos rodeos?

Cont. (*Despues de haber cerrado las puertas.*) Imprudente! me creías entregado á los placeres, y has venido á atentar vilmente contra mi honor.

Fran. Conde, yo amaba á Blanca de Visconti antes que su padre te la diese por esposa. Conozco que debo respetar las leyes de la religion y las de los hombres... pero no he podido... Quieres una satisfaccion...? te la daré... Ya ves que estoy sin armas... pero la espada de uno de tus guardias reemplazará la del comandante... ven, y si el cielo te favorece... mi sangre lavará tu injuria.

Cont. En vano piensas salir de aqui.

Fran. Pues entonces qué es lo que quieres?

Cont. Castigar tu infamia.

Fran. Pero como hombre de honor?

Cont. Como hombre que quiere vengarse.

Fran. Dadme una espada.

Cont. Si la hubieses llevado no te hubiese dado lugar á que la desenvainases.

Fran. Luego quieres asesinarme?

Cont. Quiero que mueras.

Fran. (*Mirando á su alrededor.*) Y estas puertas estan cerradas?

Cont. Quieres huir... no es verdad?

Fran. Huir no; pero ir á robar ó mendigar una espada, á batirme contigo á pesar de venir cubierto de acero.

Cont. No saldrás...

Fran. Oh, no es el esposo el que viene á vengarse... es el procurador que viene á asesinar al comandante, no por zelos de su muger, Contarini, sino por zelos del pueblo... y no ha sido ahora cuando has decretado mi muerte, sino cuando me vistes pasar en triunfo por debajo de las ventanas de tu palacio: hablas de tu honor...! y no es tu honor ofendido lo que pone la espada en tu mano... no... Ves vacilar el trono, quieres subir á él... pero eres cobarde como todo traidor... y te has cu-

bierto con esa coraza porque temes que la víctima te arranque el corazon con sus uñas.

Cont. Todavía me ultrajas?

Fran. Y te ultrajaré hasta que exhale el último suspiro.

Cont. Mas vale que pienses en tu alma, porque tu fin está muy cercano; has caido en el lazo, y el lazo es mortal. (*Desenvaina su espada.*) Arrodíllate, si quieres morir como cristiano.

Fran. Arrodillarme! pareceria que imploraba tu clemencia. (*Corre al foro.*) Ninguna salida...! Dios mio...! ninguna salida!



Cont. (*Precipitándose sobre él con la espada.*) Vana esperanza...!

Gasp. (*Entra rápidamente por la pequeña puerta que conduce á la capilla, y precipita al comandante fuera de la habitacion.*) Por aqui, comandante... salid! (*Cierra bruscamente la puerta, deja caer su capa, saca la espada, y marcha al encuentro de Contarini.*)

Cont. (*Reconociéndole.*) Gaspardo!

Gasp. Sí, yo soy; he venido á salvar al comandante Sforcia.

Cont. Miserable...! no importa, mañana le castigarán las leyes, y tú...

Gasp. Las leyes no le castigarán.

Cont. Quién lo impedirá...?

Gasp. Yo!

Cont. Tú, esclavo miserable?

Gasp. Aun tengo otro título.

Cont. Cuál?

Gasp. El de padre de Francisco.

Cont. Tú su padre!

Gasp. Sí, yo soy el padre del comandante, y no el condestable, como todos creen.

Cont. Francisco...! hijo de un villano... Ah! te juro que no le mataré... pero le arrancaré el mando y volverá á su esfera.

Gasp. Sabeis por qué os he confiado este secreto?

Cont. Por qué?

Gasp. Porque habeis jurado la perdicion de mi hijo; pero sé que él no podrá vivir si vos no morís... y he querido al encerrarme con vos principiar por proferir una palabra que me obligase á no dejaros salir de aqui vivo... defendeos.

Cont. Qué me defienda? Y de quién?

Gasp. Del padre que viene á detener el brazo que se levanta para asesinar á su hijo... Defiendete!

Cont. Un noble se defiende de un criado (*Abre la ventana.*) llamando á sus guardias.

Gasp. (*Precipitándose sobre él.*) No llamareis.

Cont. (*Procurando detenerlo.*) Aparta... miserable!

Gasp. (*Derribándolo de una cuchillada.*) Con mi secreto... la muerte...! (*Levantando las manos al cielo.*) Era preciso que muriese para salvar á mi hijo. Contarini, en mi góndola digiste á Ricardo: Cuando abra la ventana que da al lago, subireis al momento con los guardias para atestiguar que he matado al comandante para vengar mi honor... Ah! no sabias que al llamar tus espías me proporcionabas la fuga! gracias, Contarini! (*Sube á la ventana, toma la espada con los dientes, y se tira al agua.*)

ESCENA III.

FRANCISCO. *Luego* RICARDO. EDUARDO. ENRIQUE. GUARDIAS.

Fran. (*Entra precipitadamente por la puerta que le ha servido de salida.*) Ahora mediremos nuestras espadas... Dónde está? Oh! sin duda al lado de Blanca. (*Va á abrir la habitacion de Blanca, y ve tendido á Contarini.*) Él! herido! muerto...!

Ric. (*Deteniéndose estupefacto.*) El comandante vivo! (*Señalando á Contarini.*) Y el procurador muerto! Maldicion! (*A los guardias.*) Apoderaos de ese hombre! Vosotros, Eduardo y Enrique, sereis testigos de que hemos hallado al comandante Sforcia con las armas en la mano al lado del cadáver del conde, que ha sido asesinado.

Fran. Yo...

Ric. (*A los guardias.*) Conducidle ante el tribunal!



CUADRO SEGUNDO.

Sala del palacio ducal. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS. UN PORTERO.

Cár. Tan pronto se reune el senado?
Por. Antes de una hora.
Cár. Muy urgente será la cuestion de que van á tratar, cuando salen del baile del procurador para entrar en el tribunal.
Por. Se reunen para juzgar á un delincuente.
Cár. Y sabeis quién es ese delincuente?
Por. Yo nada sé: lo único que puedo deciros es que han avisado á los familiares y á los encargados del tormento al mismo tiempo que á mí.
Cár. (*Con ansiedad.*) Es el procurador el que ha dado esas órdenes?
Por. No, el justicia Ricardo.
Cár. (*Aparte.*) Ricardo! (*Alto.*) Y qué delito ha cometido el reo?
Por. Brigadier, yo cumplo con mi deber, y lo demas no me importa... (*A media voz.*) Mi antecesor por ser curioso hace quince años que no ve la luz del dia... (*Empieza á amanecer.-Vase, llevándose las luces.*)

ESCENA II.

CÁRLOS *solo. Luego* RAFAEL.

Cár. El justicia Ricardo ha dado las órdenes... El tribunal va á reunirse... Qué significa todo esto? Hace tres horas que ando buscando á Gaspardo... dónde estará... tampoco

he podido ver á Rafael ni al comandante... qué habrá sucedido? Voy á ver si puedo descubrir...! (*Viendo entrar á Rafael.*) Gracias á Dios que te encuentro...!

Raf. (*Con viveza.*) Tambien yo te buscaba; has visto á Gaspardo?

Cár. No.

Raf. Sabes lo que hay?

Cár. Qué...! habla...! di... Contarini...?

Raf. No existe.

Cár. Bueno...! Y el comandante?

Raf. En las cárceles del palacio ducal; Ricardo le ha preso como asesino del procurador.

Cár. Qué dices...? sin duda se reunen los senadores para juzgarle.

Raf. Se reunen ya?

Cár. (*Designando dos senadores que pasan por el foro.*) Mira...

Raf. (*Aterrado.*) Tan pronto!

Cár. Y Gaspardo? no me hablas de Gaspardo?

Raf. Creía encontrarle contigo.

Cár. Nos estará esperando en el canal... vamos á buscarle.

Raf. Vé tú solo, y entérale de cuanto pasa; dile que han encontrado su capa en la habitacion del conde, y estad prontos á emprenderlo todo. Yo voy á ver á la condesa, que se unirá con nosotros para libertar al comandante, y para ello me valdré de su amor y de sus riquezas... y si es preciso sus diamantes me servirán para sobornar á Eduardo, gefe de los familiares. Es preciso echar mano de todos los recursos... porque la lucha es dudosa... Audacia y prudencia, compañeros... no te detengas, los momentos son preciosos. (*Van á salir, y encuentran al condestable.*)

ESCENA III.

DICHOS. EL CONDESTABLE.

Cár. (*A Rafael.*) El condestable!

Con. Hola, Cárlos... has visto á mi hijo?

Cár. (*Despues de titubear.*) No, mi general.

Raf. (*Aparte.*) Aun no sabe nada!

Con. Qué alegre estaba anoche... si le ves, dile que se re-

tire á descansar... porque un baile fatiga tanto como una batalla.

Cár. Y vos, general...?

Con. El duque me ha mandado llamar al amanecer... y vengo a recibir sus órdenes: sin duda se tratará de alguna importante cuestion de estado y quieren consultarme.

Un guardia, anunciando. Su alteza el duque de Milan.

Con. Ya lo veis, dejádnos...!

Cár. Mi general, el cielo os guarde. (*A Rafael.*) Vamos, hermano! (*Vanse: el duque entra.*)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE. VISCONTI.

Con. Príncipe, estoy á vuestras órdenes.

Vis. Sentémonos, condestable. (*Se sientan. - Aparte.*) Observemos su semblante y sus pensamientos. (*Alto.*) No sospechais cuál puede ser el motivo porque os he mandado llamar?

Con. Se tratará de la tregua que piden los venecianos.

Vis. No, condestable.

Con. Pues entonces, hablad.

Vis. (*Designando una manteleta de crespon que lleva.*) No habeis reparado en esta gasa?

Con. Una gasa de luto! A quién llorais?

Vis. (*Con penetracion.*) A mi hijo el procurador Contarini.

Con. (*Con aturdimiento.*) Ha muerto?

Vis. (*Fijando en él la vista.*) Ha sido asesinado.

Con. Asesinado! asesinado, decis...? os compadezco, príncipe: si yo perdiese á mi hijo, moriria de pesar. Se han apoderado del asesino?

Vis. Dentro de algunas horas será sentenciado.

Con. La venganza no consuela, duque, pero satisface.

Vis. Quiero que todos los grandes del Estado firmen su sentencia de muerte, y que ocupe una página en la historia de mi vida. Vos me dareis vuestra firma?

Con. Al momento!

Vis. (*Presentándole un pergamino.*) Pues bien, firmad... En este pergamino debe estenderse la resolucion del senado.

Con. (*Sorprendido.*) Y para qué firmar antes?

Vis. Condestable, os pido vuestra firma, que seguirá á la mia debajo de la sentencia de muerte del asesino de mi hijo: me la negareis?

Con. (*Tomando la pluma.*) Duque, sea noble ó plebeyo el asesino del procurador Contarini, apruebo y firmo su sentencia. (*Va á escribir.*)

Vis. (*Arrancándole la pluma.*) Deteneos... condestable... mañana os horrorizaríais al ver vuestro nombre en este pergamino.

Con. (*Levantándose.*) No os comprendo!

Vis. He querido convencerme por mí mismo que no erais cómplice en este atentado... perdonadme que haya dudado de vos.

Con. Yo cómplice... oh...! cómplice...! me habeis ultrajado cruelmente.

Vis. Condestable, el acusado es uno de vuestros guerreros.

Con. (*Interrumpiéndole.*) Que tal vez mereceria ayer mi aprecio... ahora le maldigo... y le veré morir sin compadecerme de él. Su nombre?

Vis. No me lo pregunteis.

Con. (*Viendo á Ricardo, que entra seguido de los familiares.*) Hé aqui á los familiares que sin duda le conducen al tribunal.

Vis. Marchaos, condestable, marchaos; aun no es tarde... venid... venid.

Con. (*Dirigiéndose al foro.*) No...! quiero verle para maldecirle. (*Aparece el comandante. Retrocediendo espantado.*) Francisco! Francisco...! mi hijo... acusado...!

ESCENA V.

DICHOS. FRANCISCO. RICARDO.

Fran. (*Con espanto.*) Mi padre!

Ric. (*Al condestable, que quiere precipitarse en los brazos del comandante.*) No os acerqueis.

Con. (*Titubeando, se apoya en una silla.*) Ah! las fuerzas me faltan...

Fran. Ah...! reconozco el poder supremo de Milan, que con una mano arrastra al hijo encadenado, y con la otra lleva al padre á su encuentro...

Con. Cómo...! ese hombre maldecido, ese hombre deshonrado es mi hijo!

Fran. Oh! Soy inocente... padre mio... soy inocente... sin duda os habrán dicho: El comandante Sforcia ha asesinado al procurador... pero vos no lo habeis creido... oh, vos no lo creeis...

Con. No...! hijo mio... no... pero qué fatalidad ha podido...?

Ric. (*Interrumpiendo al condestable.*) He arrestado al comandante con las armas en la mano al lado del cadáver del procurador.

Fran. Pero justicia Ricardo, mi espada no estaba teñida en sangre, ni tampoco la del conde, como esperabais.

Ric. Los senadores os juzgarán.

Con. Los senadores...! Desgraciado padre...! (*Acercándose al duque.*) Duque, acordaos de la vida de Francisco... de su vida llena de acciones heróicas y de virtudes, y vos mismo rechazareis la horrible acusacion que pesa sobre su cabeza; acordaos de sus victorias, acordaos de sus servicios y de los mios... haced justicia, duque Astolfo Visconti, salvad, salvad á mi hijo.

Vis. Condestable, ha asesinado al mio.

Fran. Oh! no supliqueis... padre mio... no supliqueis... un soldado debe morir al frente del enemigo, y no implorar su clemencia... no supliqueis, condestable.

Con. Soy tu padre!

Una voz. Atras.

Gasp. Quiero hablar al duque.

La voz. Aqui, soldados!

ESCENA VI.

DICHOS. GASPARDO, *que entra acompañado de* CÁRLOS, *y seguido de un centinela que lucha con él. Le desarma y arroja fuera la alabarda.*

Gasp. Quiero entrar... (*Viendo á Francisco.*) Aqui está!

Ric. (*Sorprendido.*) Gaspardo!

Vis. Qué quiere ese hombre?

Gasp. (*Con viveza.*) Han sentenciado al comandante...?

Vis. Quién eres tú?

Gasp. (*Volviéndose al condestable.*) Ha pronunciado el tri-

bunal la sentencia del comandante Francisco Sforcia? Hablad... decid, condestable.

Con. Todavía no...

Gasp. Ah! he llegado á tiempo...!

Vis. (*A Gaspardo.*) Quién eres tú para preguntarnos de ese modo?

Gasp. El asesino del procurador Contarini.

Vis. y *Ric.* Qué dice?

Fran. (*Aparte.*) Siempre ese hombre.

Con. (*A Visconti.*) Habeis oido, duque?

Gasp. El justicia Ricardo, á pesar de haber hallado en la cámara del conde la capa del gefe de sus gondoleros, acusa al comandante... pero el gondolero que ha asesinado al procurador viene á entregar su cabeza al tribunal, y sus manos al justicia... Anoche seguí al conde á su habitacion, le maté... y me salvé arrojándome al lago. Pero he sabido que el comandante Sforcia se halla en peligro, y no quiero que un inocente perezca; vengo á ilustrar á los jueces, á libertar al comandante, y á morir sin remordimientos. En prueba de mi crimen, teneis mi capa hallada en casa del conde... (*Tomando la espada.*) Y mi espada manchada todavía en su sangre.

Con. Ya veis, señor; mi hijo no es culpable.

Ric. Vuestro hijo es cómplice de ese hombre, que se pierde sin salvarle. Acusaré á los dos.

Gasp. Cuando herí al conde, estaba solo con él.

Con. Solo!

Ric. Al lado del cadáver del procurador no hemos encontrado mas que al comandante.

Vis. (*A Francisco.*) Qué teneis que responder á eso?

Fran. Que ese hombre se declara culpable, y que yo soy inocente.

Vis. A qué fuisteis á la quinta del procurador?

Fran. He dicho cuanto tenia que decir.

Ric. El tribunal os juzgará á los dos.

Gasp. Quereis saber por qué fue anoche á la quinta del conde...? Bien! yo os lo diré.

Ric. (*Aparte, acercándose á Gaspardo.*) Qué dirá? (*El condestable y Francisco manifiestan su inquietud.*)

Gasp. (*A Ricardo.*) Qué quereis, justicia?

Ric. Escucharos.

Gasp. Lo que tengo que decir solo el príncipe puede oir-

lo... (*A una seña de Visconti se separa Ricardo: la inquietud está pintada en todos los semblantes.*)

Con. Pero yo... yo... soy su padre.

Cár. Confiad en ese hombre, mi general.

Gasp. (*A Visconti en el proscenio.*) Señor... el comandante fue anoche á la quinta del procurador, porque vuestra hija habia citado á su amante Francisco mientras que su esposo estaba ausente.

Vis. (*Espantado.*) Gran Dios!

Gasp. (*Levantando la voz.*) El comandante fue á la quinta del conde...

Vis. (*Interrumpiéndole.*) Habla mas bajo.

Gasp. (*Continuando en voz baja.*) Arrastrado por su pasion, y yo impelido por el odio.

Vis. (*Aparte.*) He debido preveerlo.

Gasp. Las leyes de Milan condenan á muerte al asesino, y á la vergüenza á las adúlteras... El tribunal nos juzgará á los tres.

Vis. Desgraciado! quieres perder á mi hija?

Gasp. Vos podeis salvarla.

Vis. (*Sumamente agitado.*) Nadie puede borrar una mancha de deshonra cuando la voz pública la imprime en la frente de una muger... Oh! no, no... es preciso que guardes silencio.

Gasp. Lo guardaré, si ahora mismo poneis en libertad al comandante, y si á la hora de mi muerte me dais por confesor al franciscano Rafael.

Vis. (*Aparte.*) Oh! Dios mio...! he sacrificado á mi hija, y me castigais cruelmente. (*A Gaspardo.*) Y si te concedo lo que me pides, puedo contar con tu secreto?

Gasp. Mañana morirá conmigo!

Ric. Señor, los senadores esperan al acusado.

Vis. (*Designando á Gaspardo.*) Ahí le teneis, apoderaos de ese hombre.

Ric. Monseñor...!

Vis. Poned en libertad al comandante Sforcia, que es inocente.

Ric. Pero advertid, monseñor...!

Vis. Silencio! cumplid mis órdenes. (*Vase.*)

Con. Francisco en libertad!

Fran. (*Puesto en libertad, se precipita en los brazos del condestable.*) Padre mio...!

Con. Ah! hubiera muerto de dolor!

Gasp. (*Observándolos.*) Cómo se quieren. (*Con sentimiento.*) Ni una mirada de compasion para mí...! infeliz padre! infeliz padre!

Un familiar. (*Empujándole.*) Vamos!

Gasp. (*Saliendo entre los guardias.*) Dios mio, apiadaos de mí...!

Ric. (*Mirando al condestable y al comandante, que se espresan en silencio su alegría.*) Esa familia tiene un angel ó un demonio que la protege... (*Vase.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS. EL CONDESTABLE. FRANCISCO.

Con. (*Abrazándole otra vez.*) Hijo mio! hace un momento que estabas entre los brazos del verdugo, y ahora estás entre los de un padre que te ama!

Fran. Oh! padre mio, acercaos... acercaos... quiero convencerme que estoy en libertad. En tan poco tiempo han pasado tantas cosas... que me parece imposible que os estoy abrazando...! (*A Cárlos, que está pensativo.*) Acércate tambien, Cárlos... pero qué haces? no tomas parte en nuestra alegría? no me das la mano?

Cár. (*Dándole la mano.*) Perdonad, dirigia una mirada de despedida á ese desgraciado que va á morir.

Fran. (*Con viveza.*) No morirá.

Con. Ah! dificil será que se libre de sus verdugos!

Fran. Yo le salvaré.

Con. Y cómo? creeis acaso obtener su perdon?

Fran. Jamas ha perdonado el tribunal... pero yo le salvaré, aun cuando debiese llamar en mi auxilio á todos mis amigos y á todos mis soldados para arrancarle de sus manos.

Con. Qué dices?

Fran. Ah! vos ignorais lo que ese hombre ha hecho por mí... No me preguntábais anoche si era hermosa la muger que amaba? Pues bien! esa muger es la condesa Contarini.

Con. (*Asustado.*) La esposa del procurador?

Fran. Habia ido á verla, cuando me encontraron en su casa.

Con. Imprudente!

Fran. Sí, cometí una imprudencia, porque el conde me habia seguido meditando mi muerte... y cuando se presentó armado de pies á cabeza delante de mí, que me hallaba sin armas, y cuando ya tenia la espada levantada con las dos manos para herirme, se interpuso ese hombre, y le mató por salvarme; poco despues entró el justicia Ricardo y se apoderó de mí. Ese hombre acaba de salvarme otra vez perdiéndose á sí mismo; y estando en mi mano librarle, sería tan ingrato, tan vil, que no lo hiciese?

Con. No podrias conseguirlo sin atacar abiertamente al poder.

Fran. Pues bien, atacaré abiertamente á ese poder que me arrebató a la que amaba... á ese poder que queria ayer mi muerte, y que hoy la desea tambien.

Con. Sabes, Francisco, que te va en ello la vida?

Fran. Han jurado mi muerte.

Con. Sabes que el senado mandará escribir tu nombre entre el de los traidores á la patria.

Fran. Los nobles que oprimen no son la patria.

Con. Tú no debes esponer por su cabeza la tuya, que promete un brillante porvenir... tú no debes esponer por su vida oscura la tuya, que está sembrada de glorias.

Fran. Yo debo pagar sus sacrificios con otros sacrificios.

Con. Pero él sacrificándose por tí, Francisco, solo se ha perdido á sí mismo... mientras que sacrificándote tú por él perderias contigo á cien valientes, y tal vez... tal vez á tu anciano padre.

Fran. Infeliz de mí! teneis razon...

Cár. (*Acercándose, aparte.*) El comandante cede.

Fran. Y he de permitir que muera...?

Cár. (*Levantando la voz.*) Ese hombre, comandante, es verdad que se sacrificó esta mañana por vos y por la justicia! pero ayer al herir al conde sastisfizo una venganza personal. Vos podeis ignorarlo, pero yo no, que soy su compañero inseparable. Varias veces me ha dicho: Carlos, yo mataré á Visconti, ó á alguno de su familia, porque hace veinte ~~y cinco~~ años que asesinó en mi cabaña en Placencia á mi pobre muger porque no iso acceder á su brutal pasion.

Con. Qué dice...?
Cár. (*Continuando.*) Me desterró, y cuando regresé, mi alma respiraba odio. Quise arrebatarle su hija; pero me desarmó su candor... Su yerno será el blanco de mi venganza. Le ha asesinado, y morirá vengado.
Con. (*Aparte.*) Qué recuerdos ha despertado en mí esta relacion!
Cár. (*Continuando.*) Ya veis, comandante, que hariais muy mal en desenvainar vuestra espada para libertar á ese hombre. (*Al condestable con penetracion.*) No es verdad, mi general?
Con. (*Bajo á Cárlos, en medio de una espantosa agitacion.*) Dices que el gobernador Visconti asesinó á la muger de ese hombre?
Car. Sí, mi general.
Con. En una cabaña en Placencia?
Cár. Sí, mi general.
Con. Hace veinte y cinco años?
Cár. Asi me lo ha dicho el acusado Gaspardo.
Con. Gaspardo! Gaspardo! (*Aparte.*) Ese es su nombre.
Fran. Qué teneis, padre mio, os turbais...?
Con. Nada... no tengo nada. (*Aparte.*) Gaspardo, que se ha sacrificado! Oh! es él... sí... es él...!
Cár. (*Mirando hácia dentro.*) Los senadores se retiran, y conducen al reo á las prisiones: tambien se retiran los soldados... ya le han juzgado! (*Los soldados atraviesan el foro.*)
Con. (*A los soldados.*) Cuál es la sentencia del tribunal?
Edu. El tribunal ha mandado que se prepare el cadalso para antes del anochecer. (*Vanse los guardias.*)
Con. Francisco, es preciso que salvemos á ese hombre; debes hacerlo, yo lo quiero.
Fran. Le salvaremos; pero de qué modo...?
Con. Silencio; tal vez nos estan acechando los espías del palacio: sígueme, Francisco, ven... salgamos de aqui.. (*A Cárlos.*) Puedo contar contigo, Cárlos?
Cár. Hasta la muerte, mi general.
Con. (*Con reflexion.*) Gaspardo el pescador! (*Con precipitacion.* (Venid... seguidme.
Fran. Adónde?
Con. Al arsenal!
Fran. y *Cár.* Al arsenal. (*Vanse.*)

:

ACTO TERCERO.

Habitacion inmediata á las prisiones del palacio ducal.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO. EDUARDO.

Eduardo lee para sí un pergamino, y al ver á Ricardo lo guarda.

Ric. Eduardo! el condestable tiene permiso del duque para ver al reo. Gaspardo va á ser conducido á esta sala... no le pierdas de vista. (*Vase.*)



Edu. Está Bien...

Enr. (*Entrando por la izquierda rollando un pergamino.*) Ganaré los diez mil ducados.

Edu. (*Despues de haberle observado.*) No es Enrique, en trage de veterano...? Sí, el mismo.

Enr. Hola! Eduardo!

Edu. De dónde vienes con ese trage...?

Enr. De revelar al duque una famosa conspiracion.

Edu. Una conspiracion!

Enr. Tramada por el condestable.

Edu. Y cómo has podido descubrirla?

Enr. Haciéndome conspirador.

Edu. Y qué has sabido?

Enr. Que despues del toque de oraciones, cuando suene la campana de San Pedro, varias compañías de soldados, acaudillados por el comandante, deben precipitarse en la plaza y derribar el cadalso que en ella se ha levantado; y que los habitantes de los arrabales deben esparcirse por las calles de la ciudad, pidiendo el perdon del reo Gaspardo, á quien llaman el libertador del comandante Sforcia.

Edu. Qué recompensa te ha dado el duque por tu delacion?

Enr. Puedo fiarme de tí?

Edu. Como de un antiguo camarada.

Enr. Pues bien! lee.

Edu. (*Leyendo.*) "Me obligo á satisfacer á Enrique Orsini la cantidad de diez mil ducados en el instante mismo en que me entregue prisionero al comandante Sforcia, rebelde á su soberano." Diablo...! y qué piensas hacer?

Enr. Un esfuerzo para ganar los diez mil ducados.

Edu. Y á favor de ese trage podrás acercarte al comandante?

Enr. Hace poco que le dí la mano jurándole fidelidad... Pero el tiempo urge... y mis compañeros me aguardan: á Dios.

Edu. Buena suerte, Enrique.

Enr. La misma te deseo: á Dios.

ESCENA II.

EDUARDO.

Hola, hola... quiere venderle... bien... leamos otra vez esta obligacion que me dió la condesa, cuando creía que el tribunal habia sentenciado al comandante. (*Lee.*) "Yo, Blanca de Visconti, juro sobre los santos Evangelios ceder todos mis diamantes al familiar Eduardo Tibori si proporciona la fuga del comandante Francisco Sforcia..." Bravo; luego que Enrique haya preso al comandante para ganar los diez mil ducados, yo le pondré en libertad para ganar los diamantes; pero aqui viene la condesa.

ESCENA III.

BLANCA. EDUARDO.

Blan. Te buscaba, Eduardo.

Edu. Y yo os esperaba.

Blan. El comandante ha sido declarado inocente.

Edu. (*Suspirando.*) Lo sé... señora... y me disponia á devolveros esta obligacion.

Blan. (*Tomando el pergamino.*) Voy á quemarla...

Edu. Deteneos, señora, no os apresureis.

Blan. Por qué? No prueba que los dos somos culpables?

Edu. Es verdad, pero puede suceder que la necesitemos otra vez...

Blan. Amenaza algun otro peligro...?

Edu. Señora, conservad este pergamino hasta la noche.

Blan. Atentan de nuevo á la libertad del comandante?

Edu. No puedo deciros mas... por ahora... reflexionad lo que haceis... (*Saluda y vase.*)

ESCENA IV.

BLANCA *sola. Despues* RAFAEL.

Blan. Qué habrá querido decirme con ese tono misteso? Si me veré precisada á luchar otra vez contra mi padre y contra su senado... Ah! yo me siento impelida por una fuerza irresistible y por un pensamiento cruel, que sin cesar me dice que si el comandante muriese... yo no podria sobrevivirle. (*Viendo al franciscano Rafael, que entra.*) Venid, padre mio, necesito de vuestros consejos...

Raf. Hija mia, el duque ha sabido que amais al comandante.

Blan. Gran Dios!

Raf. Pero conoce que este amor merece mas indulgencia que severidad, y me envia á manifestaros su determinacion.

Blan. Qué exige de mí?

Raf. Que os retireis al convento de las hermanas del rosario hasta que espire el término de vuestro luto.

Blan. Quiere alejarme de su lado para que no le pida el perdon del comandante...!

Raf. Al comandante no le amenaza ningun peligro.

Blan. El familiar Eduardo me ha aconsejado hace un momento que conserve este pergamino.

Raf. Y no ha dicho por qué?

Blan. No he podido obtener de él mas esplicacion.

Raf. (*Aparte.*) Acabo de ver á un soldado del ejército en este palacio hablando con Ricardo... Que tendrá que decir al justicia...? á qué vendrá aqui...? si será algun

traidor? (*Alto.*) Hija mia, dadme esa obligacion para que pueda hacer uso de ella en caso necesario.

Blan. (*Dándole el pergamino.*) Tomad, padre mio... pero prometedme que hareis cuanto podais por salvarle.

Raf. Confiad en mí. Ahora es preciso que me sigais; voy á acompañaros á vuestra habitacion, donde os aguardan vuestras doncellas para cumplir las órdenes de vuestro padre.

Blan. Y vos me abandonais?

Raf. (*Con intencion.*) Confio en Dios que no tardaremos en vernos. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V.

RICARDO. GASPARDO.

Entran por la derecha seguidos de guardias que conducen á Gaspardo con las manos encadenadas.

Ric. (*Hablando á dos guardias.*) Quedaos á esa puerta, y no dejeis entrar mas que al condestable. (*Los guardias salen por el fondo.*)

Gasp. Para qué me conducen aqui...? quieren interrogarme otra vez? (*Vase Ricardo sin responder.*)

ESCENA VI.

GASPARDO *solo. Despues* EL CONDESTABLE.

Gasp. (*Despues de haber mirado al rededor de sí.*) Me han dejado solo... Dios mio! qué horrorosa idea es la de morir por su hijo... cuando éste solo ve en la muerte de su padre la ejecucion de la sentencia sin conocer el valor de su sacrificio... Y he de morir sin abrazarle...? Oh! por qué no le he dicho, yo soy tu padre y muero por salvarte... muero por vengar el asesinato de tu madre... y mi hijo hubiese llorado sobre mi tumba. Ah! yo no me arrepiento de lo que he hecho, Dios mio... no, pero soy tan débil... Me habeis dado un hijo... y el dia en que debia separarme de él, me enviásteis un angel protector que le amparó... Oh! yo os bendigo por que le habeis hecho virtuoso... Contarini queria termi-

nar su existencia, y vos me habeis revelado sus designios... El tribunal pedia su muerte, y vos habeis permitido que diese mi vida oscura y casi inanimada por la suya llena de gloria y de esperanzas: Señor, yo os bendigo...!

Con. (*Con voz sentenciosa.*) Si alguna vez se viese sumergido en la desgracia alguno de tu familia... bien fueres tú... bien fuere tu padre... tu muger ó tu hijo...

Gasp. (*Sorprendido.*) El condestable!

Con. El porta-estandarte Jacobo Sforcia no olvidará nunca que te debe la vida...!

Gasp. Cómo...?

Con. Esto dijo un proscripto que huía de sus verdugos á un pescador de Placencia que le dió un asilo en su casa, y su góndola para que se salvase; y el pescador le contestó: Mi muger ha sido asesinada, y he jurado vengar su muerte... llévate contigo á mi hijo. Si dentro de ocho dias no hubiese ido á buscarle á Milan, compadécete de él, dale tu nombre, y parte con él tu pan... El condottiero contó los ocho dias, y el pescador no se presentó.

Gasp. El pescador gemía entonces en una galera de destierro.

Con. El condottiero le aguardó por espacio de cinco años, y adoptó por hijo al del pescador.

Gasp. Gracias, mi bienhechor...! Fui injustamente deportado á Oriente... y al cabo de quince años, cuando espiró el término de mi destierro y el ejército milanés volvia vencedor de Constantinopla, corrí á su encuentro con la esperanza de ver al porta-estandarte Sforcia entre los soldados ó condottieros. Todos desfilaron por delante de mí, y no vi al que buscaba... Cuando divisé al codestable creí reconocer al hombre á quien habia confiado mi felicidad... A su derecha iba un oficial que decian ser su hijo... jóven de aspecto noble é imponente... y su cara era la imagen de mi Catalina! Reconocí á mi hijo; mi corazon saltó en mi pecho. Me acerqué al jóven oficial hasta tocarse mi ropa con la suya, pero no le dije: Te engañan, hijo mio, el condestable no es tu padre; tu padre soy yo, un desterrado... no le dije: Arroja ese collar de oro y esa espada de capitan... trueca esos vestidos de terciopelo por el humilde trage de plebeyo... Nada de esto le dije... porque hubiera destruido

su esperanza, y tal vez desgarrado su corazon; os amaba tiernamente, y á mí nunca me habia visto... he padecido mucho, pero me he resignado. Y con la vista fija en mi hijo seguí al ejército hasta Milan.

Con. Es posible que despues de haber hecho tantos sacrificios te encuentre encadenado...! Pobre Gaspardo!

Gasp. Ah! habeis hecho feliz á mi hijo... (*Se arrodilla, y el condestable trata de impedirlo.*) permitidme que bese vuestros pies...

Con. (*Levantándole.*) Tú á mis pies.. tú! Oh! no... cuando se encuentran dos amigos despues de veinte ~~y cinco~~ años de separacion, y sus corazones laten de placer al verse uno en frente del otro, no deben arrodillarse, Gaspardo... sino abrazarse tiernamente. (*Se abrazan.-Pausa*) Conoce alguien este secreto?

Gasp. Sí, condestable, sí... dos compañeros mios de infortunio y de destierro.

Con. Han muerto?

Gasp. Los dos viven, condestable.

Con. Y dónde estan?

Gasp. En Milan.

Con. (*Asombrado.*) En Milan!

Gasp. Oh! nada temais, son fieles y honrados.

Con. (*Con inquietud.*) Sus nombres?

Gasp. El uno es el franciscano Rafael.

Con. Bien! Y el otro?

Gasp. El brigadier Cárlos.

Con. Mi amigo Cárlos! oh! ahora conozco por qué se interesan tanto en tu libertad...

Gasp. Qué decis?

Con. Que hemos resuelto salvarte.

Gasp. No, condestable; cuando yo os salvé en Placencia, hace veinte ~~y cinco~~ años, nada arriesgué; pero vos os espondriais ahora á perder la vida por pagarme esta deuda. Estoy preso y sentenciado, y tendriais que emplear la fuerza. No... dejadme morir...

Con. Morir tú! qué! no ambicionas nada para él?

Gasp. Sí, condestable.. sí, mucho ambiciono.

Con. Escucha, Gaspardo, veinte veces he tenido el trono á mi disposicion, y nunca me he atrevido á subir á él. Educado por unos pastores, y dedicado esclusivamente á la profesion de las armas, he conocido que no podia

hacer felices á mis compatriotas... Pero Francisco posee todos los dotes necesarios para ceñir una corona y empuñar un cetro.

Gasp. La vida, condestable... la vida! acabais de darme una esperanza que abrasa como la fiebre. La vida, condestable...! Si en este momento entrase el verdugo, su presencia me helaría de espanto!

Con. Vivirás, Gaspardo! Visconti me niega ahora tu perdon, pero muy pronto se verá precisado á concederlo al pueblo y al ejército, que lo pedirá con las armas en la mano.

Gasp. Me dais la vida...! qué os daré yo en cambio?...

Con. La palabra de guardar secreto acerca del nacimiento de Francisco hasta el dia despues de mi muerte.

Gasp. Lo juro en nombre de Dios.

Con. Mi testamento le revelará que es hijo tuyo, y despues de mi muerte te llamará padre... despues de mi muerte, lo oyes...? Confia en nosotros! (*Va á marchar.*)

Gasp. (*Arrodillándose á sus pies.*) Plegue al cielo recompensar vuestras bondades... y ojalá puedan mis súplicas y mis lágrimas de agradecimiento...

Con. (*Desembarazándose de él.*) No me detengas.

Gasp. Dios guie vuestros pasos.

Un centinela. Atras.

Con. Soy el condestable Sforcia.

Centinela. Acabamos de recibir la orden para no dejar salir al condestable.

ESCENA VII.

DICHOS. VISCONTI. EDUARDO.

Edu. (*Anunciando á la derecha.*) Su alteza, el duque de Milan.

Con. (*Que entra seguido de Ricardo.*) Señor, por qué se me detiene?

Vis. Habia mandado que no se os dejase salir hasta que vuestro hijo estuviese en mi poder.

Con. Y ahora...

Vis. Podeis marcharos. (*Llamando.*) Eduardo!

Edu. Monseñor?

Vis. Conduce al comandante á uno de los salones del pala-

cio que dan á la catedral, y cuando suene la campana de San Pedro caiga su cabeza. (*Eduardo sale.*) Condestable, ya podeis ir á sublevar los arrabales de la ciudad, y á disponer que toquen la campana que debe dar la señal de alarma...

Gasp. (*Bajo al condestable.*) Salvad á nuestro hijo.

Vis. (*Acercándose á Gaspardo á media voz.*) Gaspardo! has sido fiel á tu juramento, y yo quiero tambien cumplirte el mio... Me pedistes que á la hora de tu muerte te diese por confesor al padre Rafael... (*A Ricardo.*) Ricardo, decid al franciscano Rafael que entre. (*Vase Ricardo.-Al condestable.*) Venid, condestable; el duque Astolfo Visconti quiere tener el honor de despediros hasta la puerta de su palacio.

Con. (*Con rabia.*) Oh! traidores! traidores! (*Sale poco á poco acompañado del duque. Gaspardo se queda abatido.*)

Ric. (*Entra con Rafael.*) Apresuraos á dar los auxilios espirituales á ese hombre. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GASPARDO. RAFAEL.

Gasp. (*Arrodillándose.*) Ven, hermano, ven á absolver mis culpas...

Raf. No desconfies, Gaspardo.

Gasp. He padecido tanto, que he perdido ya toda esperanza.

Raf. Escucha.

Gasp. (*Designando á Eduardo, que acaba de entrar.*) Silencio, nos estan espiando, mira.

Raf. Eduardo!

Edu. (*Llamando á media voz.*) Hermano Rafael...! (*Rafael se acerca á él. Gaspardo, temblando, presta atencion.*) He ganado á los familiares.

Raf. Y los guardias?

Edu. Duermen embriagados.

Gasp. (*Aparte.*) Qué dice?

Edu. Ya creía seguro el éxito, cuando he visto á Enrique al pie de la escalera del Leopardo... Todo se perderia si ese espía trasluciese nuestros planes; conven-

dria que un brazo vigoroso nos librase de ese hombre; de lo contrario, yo renuncio á...

Raf. Y no podriais ganarle como á los demas?

Edu. Imposible; es enemigo del comandante.

Raf. Vé á buscar al brigadier Cárlos, y respondo de todo.

Edu. Voy al momento.

Raf. Desconfias aun, hermano?

Gasp. Ah! soy tan desgraciado!

Raf. Luego que tu hijo esté en libertad, la campana de San Pedro dará la señal, se reunirán los sublevados, derribarán tu cadalso, y pedirán tu perdon.

Gasp. De qué medios os habeis valido para conseguirlo?

Raf. Del amor de la condesa Blanca... Su padre asesinó á tu muger... y su hija salvará á tu hijo!

ESCENA IX.

DICHOS. CÁRLOS.

Raf. (*Viendo entrar á Cárlos.*) Ya está aqui Cárlos.

Cár. (*Corriendo á abrazar á Gaspardo.*) Gaspardo! deja que te abrace antes de todo.

Gasp. Querido amigo!

Cár. Hablad ahora, qué quereis de mí?

Raf. Entre todos los soldados que guardan al comandante, uno solo es enemigo suyo; está de centinela al pie de la escalera del Leopardo, y se llama Enrique.

Cár. Le he visto; qué mas?

Raf. Para librarnos de él, se necesita un hombre fuerte, decidido y prudente.

Cár. Y eso es todo?

Raf. Todo.

Cár. Hermanos, cuando nos volvamos á ver tal vez será en el cadalso; pero si Dios permite que salgamos con nuestro empeño, en este palacio es donde nos encontraremos. En cuanto á Enrique, Rafael, ya puedes rezar un padre nuestro por su alma.

Raf. El duque!

ESCENA X.

DICHOS. VISCONTI. RICARDO. *Luego* EL CONDESTABLE.

Vis. (*Seguido de Ricardo, despues de haber bajado lentamente á la escena.*) Dejadnos, hermano Rafael. (*Vase Rafael.-A Ricardo.*) Ricardo... que entre el condestable. (*Vase Ricardo.-Aparte.*) La sagacidad ha salvado siempre á los Visconti... no tendrá mas remedio que ceder!

Con. (*Entrando.*) Qué quereis, señor?

Gasp. (*Sorprendido.*) El condestable!

Vis. Quiero proponeros un tratado de paz.

Con. Y si no lo acepto, podré salir del palacio ducal?

Vis. Sí, condestable.

Con. No me basta vuestra palabra.

Vis. Por quién quieres que jure?

Con. Por la santa cruz de Cristo.

Vis. Juro por la santa cruz de Cristo que la persona del condestable será inviolable y sagrada en mi palacio, y si falto á mi juramento que Dios me castigue.

Con. Bien, hablad.

Vis. En mi poder estan el comandante y ese hombre. (*Designando á Gaspardo.*) Pondré en libertad á vuestro hijo, y desterraré á Gaspardo, en vez de decapitarle.

Con. Bajo qué condiciones?

Vis. Os las diré: montaremos los dos á caballo, reuniremos á todos los oficiales de nuestro ejército, y en su presencia declarareis que renunciais vuestro mando, en atencion á que la edad no os permite desempeñar tan árduo encargo, me entregareis vuestra espada de condestable... y os retirareis á vuestra quinta.

Con. Cómo! quereis que me degrade yo mismo...! quereis que abandone á mis viejos soldados, que á pesar de su edad me han seguido á todas partes por espacio de veinte años!

Vis. Ese amor que el ejército os tiene os há hecho demasiado poderoso.

Con. Quereis que la espada que recibí del pueblo la entregue al príncipe!

Vis. El brillo de esa espada que el pueblo os dió, os hace dueño del pueblo, y yo la quiero.

Con. (*Inquieto.*) Y mi hijo... cuál será su suerte?

Vis. Vos habeis elegido vuestros gefes, yo elegiré los mios.

Con. Quereis abreviar los dias del anciano, y destruir las esperanzas del jóven!

Vis. Solo con estas condiciones no tendreis que llorar á vuestro hijo, como rebelde á su príncipe... Consentis? (*Oyese la campana.*)

Gasp. (*Con alegría.*) La campana de San Pedro.

Con. (*Espantado.*) Imposible.. sin orden mia...

Vis. Es la señal que llama á las armas á los rebeldes.

Con. Y que llama á los verdugos de Francisco... Señor, detened su brazo... suspended la ejecucion... yo sofocaré la rebelion.

Vis. No hay perdon.

Con. Señor, renuncio á todo, me humillaré en presencia de todos... Miradme á vuestros pies, aqui teneis mi espada, perdonad á mi hijo...

Gasp. (*Adelantándose.*) Conservadla, condestable... la necesitareis para rehacer al pueblo.

Con. Le matarán.

Gasp. Esa campana anuncia su libertad.

Con. Qué dices?

Gasp. Que la traicion nos habia perdido... y que la traicion nos salva... el comandante os espera, condestable!

Vis. (*Furioso.*) Ese hombre miente.

Ric. (*Entra precipitadamente.*) Señor, Eduardo nos ha vendido... Enrique ha sido asesinado... y el comandante se ha salvado...

Vis. Infierno..!

Con. Señor, ese hombre no ha mentido, y yo conservo la espada para haceros la guerra.

Vis. Vete, condestable, vete; mi juramento hace sagrada tu persona en mi palacio... pero fuera de su recinto no serás inviolable... vete.

Con. Gaspardo! valor y esperanza... Plaza, centinela... plaza! (*Vase.*)



ESCENA XI.

VISCONTI. GASPARDO. RICARDO.

Vis. Que marchen nuestros arqueros á apoderarse de la catedral.

Ric. Ya lo he dispuesto.

Vis. Quiero pasar revista á mis guardias.

Ric. Ya tienen la orden para reunirse en el patio del palacio.

Vis. Bien, Ricardo, siempre próvido. Es preciso averiguar quién ha sobornado á Eduardo.

Ric. Nuestros espías lo descubrirán.

Gasp. (*Levantando la voz.*) El que ha sobornado á Eduardo es un hombre cuya novia deshonró Astolfo Visconti hace veinte y cinco años. El que ha asesinado á Enrique es un hombre cuya hermana deshonró Astolfo Visconti hace veinte y cinco años.

Vis. Y quién eres tú, que estás en todos los secretos? Tú, hombre oscuro, por quien el pueblo se arma, quién eres?

Gasp. Yo soy Gaspardo el gondolero... Gaspardo el proscripto... Gaspardo el pescador de Placencia, cuya muger fue asesinada por el gobernador hace veinte y cinco años .. Insensato, y has podido creer que aquellos tres hombres no vengarian su ofensa!

Vis. Desgraciados de vosotros!

Gasp. El cielo nos protege.

Vis. Te engañas; estás en mi poder.

Gasp. Pero no lo estan los otros dos.

Vis. Yo te arrancaré sus nombres.

Gasp. Tú arrancarme sus nombres! desafio tu inquisicion y tu tormento.

Vis. Y yo te condeno á él; llevad á ese hombre... (*Los soldados lo ejecutan.*) Ya no suena la campana. No es verdad, Gaspardo, que este silencio es espantoso? No es verdad que te hace presentir que mis arqueros se han apoderado de tus cómplices?

Gasp. Os engañais, duque Astolfo Visconti... vuestros arqueros han sido derrotados. (*Suena la campana otra vez con mas vigor que antes.*)

Vis. Maldicion!

Gen. (*Entrando.*) Señor, en el patio quedan tres compañías de vuestros guardias.

Vis. Bien, capitan Genaro, ya os sigo. (*A Ricardo.*) Conducid á ese hombre al tormento, y no os separeis de su lado. Ah! temo alguna nueva traicion.

Ric. Yo os respondo de él, príncipe.

Gasp. (*Levantando los ojos al cielo.*) Señor, concededme un dia mas de vida.



ACTO CUARTO.

Sala del trono en el palacio ducal. En el foro un gran balcon con balaustrada de piedra que da á la plaza; en el fondo puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

VISCONTI. UN GUARDIA. *Luego* GENARO.

Visconti estará sentado en el trono.

Vis. Ha vuelto el justicia Ricardo? (*Saliendo de su abatimiento.*)

Guar. Todavía no, monseñor.

Vis. Mucho tarda. Y el capitan Genaro?

Guar. (*Viendo al capitan.*) Aqui está.

Vis. (*Al guardia.*) Dejadnos. (*Vase el guardia.-Se levanta, y va al encuentro de Genaro.*) Qué nuevas hay, capitan?

Gen. Malas, monseñor... las calles estan llenas de milaneses, que corren á reunirse al comandante Sforcia.

Vis. Y el condestable?

Gen. Se ha apoderado del arsenal, y lo defiende en persona.

Vis. Toma parte en la accion?

Gen. Está á la cabeza de sus guardias.

Vis. Escuchad, capitan, lo que voy á deciros, y ejecutad puntualmente mis órdenes.

Gen. Mandad, monseñor.

Vis. Retirareis dos compañías de las que hacen frente al comandante, y con ellas marchareis á reforzar las que se baten con el condestable. Si se presenta, mandareis que se le haga fuego... Una vez muerto, se acabará el motin.

Gen. Señor, el pueblo entero vengaria su muerte

Vis. Hoy ha encendido la guerra civil: la ocasion no puede ser mas oportuna, y quiero aprovecharla.

Gen. La muerte del condestable tal vez no tendrá el resultado que vuestra alteza se promete...

Vis. Vuestro soberano os ha dado sus órdenes, capitan Genaro.

Gen. Las ejecutaré, señor... Vuestros abuelos fueron los protectores de los mios... y mis abuelos han muerto por defender á los vuestros. Yo seguiré su ejemplo... Dios quiera que no tengais que arrepentiros. (*Vase.*)

Vis. Siempre réplicas... por todas partes tristes presagios...! (*Viendo á Ricardo, que entra.*) Ah! aqui viene Ricardo... Ha sido puesto en el tormento Gaspardo?

Ric. Dos veces.

Vis. Ha declarado?

Ric. Dice que antes se le arrancará la vida que el nombre de sus compañeros. El padre Rafael no se ha separado de su lado... bueno sería... (*Se oyen tiros.*) Los tiros suenan mas cerca.

Vis. Tal vez aseguran mi poder... Si Genaro cumple mis órdenes... pero yo no sé de quién fiarme... Ricardo, corre al arsenal, y ven luego á darme parte de lo que suceda.

Ric. (*Con intencion.*) Voy al momento, monseñor.

ESCENA II.

VISCONTI *solo.* *Luego* TIEPOLO.

Vis. Qué vendrá á anunciarme...? La muerte del condestable, ó que me han vendido otra vez...! Oh! desconfio de todos, pero quiero luchar y apurar hasta la última esperanza... Cómo gozarian si supiesen lo que padezco... si supiesen que tiemblo, y que tengo miedo cuando me veo solo. (*Llamando con espanto.*) Hola, guardias. (*El senador Tiepolo entra seguido de los senadores.*) Ah! sois vosotros, señores?

Tiep. Señor, ni los insultos del populacho, ni los peligros que nos amenazaban, han podido impedir que llegásemos hasta aqui para suplicaros que pongais término á la guerra civil, entregando á los milaneses ese hombre por quien se han sublevado.

Vis. Y cómo vengaria yo entonces la muerte del procurador?

Tiep. Antes es la patria que una venganza: ademas, que hasta ahora la victoria está por los rebeldes.

Vis. Dentro de algunas horas estará por nosotros.

Tiep. Señor, es preciso que nos concedais el perdon de ese hombre.

Vis. Y vosotros os sublevais tambien contra mí, cuando me debeis lo que sois...? Ingratos, quereis arrojarme del trono...? (*Viendo á Genaro, que vuelve.*) Aqui está Genaro..

Gen. Monseñor, el condestable ha muerto.

Senadores. Ha muerto!

Vis. (*Con alegría*) Nuestra es la victoria, senadores... y el trono no se ha humillado...

Gen. Triste y fatal victoria! Monseñor, á la vista del anciano moribundo, del libertador de Milan... herido por una bala milanesa... todos mis soldados han arrojado las armas. En vano he intentado rehacerlos; llevados de su exaltacion, me han arrancado la espada... A favor de la oscuridad he podido salvarme, he llegado hasta aqui, y he cerrado las puertas del palacio: tomad las llaves... He cumplido con mi deber. Ya solo puede ayudarnos San Pedro, patron de Milan.

Vis. (*Temblando de espanto.*) Disponed que los hombres que nos quedan defiendan las puertas de esta sala.

Gen. Todos han desertado... hasta Ricardo ha desaparecido.

Vis. (*Delirando.*) Es imposible...! hola...! No hay nadie que defienda mi persona...? (*Subiendo á la escena.*) A mí! (*La puerta del foro se abre; Gaspardo, pálido y desfigurado, aparece sostenido por Rafael. Visconti y todos los senadores retroceden á su vista. El pueblo grita fuera.*)

Gasp. Dónde estan los batallones que guardaban ayer el palacio ducal? Cómo es que puede el sentenciado romper sus cadenas y llegar hasta las gradas del trono...? Yo os lo diré... Hoy morirán los jueces y el sentenciado. (*Ruido del pueblo.*) Habeis asesinado al condestable, le habeis arrebatado á su pueblo... y el pueblo de Milan se venga... el incendio se prepara... esta es la sala del suplicio... El tribunal me ha sentenciado á muerte... y yo vengo á ocupar mi puesto entre los sentenciados á muerte. (*Se sienta.- Despues de una pausa.*) Pero no! senado-

res... si he llegado hasta aquí sostenido por mi santo confesor... otro es el pensamiento que me conduce... vengo á salvaros á todos...! (*Todos los senadores le miran con atencion.*) No os sorprendais. Sí, vengo á salvaros á todos... Atended. (*Señalando al trono.*) Veis sobre el trono ese cuadro de oro, en el que está escrita la proclamacion del primer duque de la casa de los Visconti? (*Visconti se levanta, y lo mira.*) El dia en que vuestros abuelos escribieron ese nombre... el dia en que lo arrojaron á los milaneses que estaban sublevados, los milaneses se apaciguaron... porque se les daba un nuevo gefe, y con él, una nueva esperanza. Pues bien, senadores, sigan los nietos el ejemplo de sus abuelos. Asómese uno de vosotros al balcon, hable con entereza al pueblo, proclame... qué! teneis miedo? Yo me sacrificaré, y aunque desfallecido por el tormento, hablaré al pueblo en vuestro nombre... Ven, Rafael... ven. (*Descuelga el cuadro, descorre la gran cortina del fondo que cubre el balcon, y se ven las torres de la ciudad.*)

Vis. (*Espantado.*) Senadores... senadores, detened. (*Los senadores le imponen silencio.*)

Gasp. "Con el auxilio de Dios y la proteccion de San Pedro, salud á todos, salud. El senado depone hoy de su autoridad soberana á Astolfo Visconti. (*Aplausos.*) Y nombra duque y soberano de Milan al comandante Francisco Sforcia. (*Nuevos aplausos.*) Los senadores saldrán al encuentro de vuestro nuevo príncipe, y le entregarán las llaves de oro del palacio ducal... Con el auxilio de Dios y la proteccion de San Pedro, salud á todos, salud! (*Se retira del balcon, y tira al suelo el cuadro.*) Señores, tomad las llaves, y presentaos al pueblo, que desea saludaros... No os detengais.

Tiep. (*Tomando las llaves.*) Como senador decano, llevaré las llaves... ese hombre acaba de hablar á los milaneses en nombre del senado, y el senado debe cumplir su palabra; seguidme. (*Sale acompañado de todos los senadores.*)

Vis. (*Aparte.*) Se les ha olvidado decretar mi muerte, ó mi destierro.

Gasp. (*A Rafael.*) Oh! acércate, hermano, y demos gracias á Dios...! acércate; necesito verte á mi lado, porque padezco mucho... Y Cárlos, dónde está?

Raf. Tal vez habrá sucumbido defendiendo al condestable...

Gasp. Oh! Dios mio... es posible que nos hayas separado!

Cár. (*Desde dentro.*) Gaspardo! Rafael!

Raf. Es su voz. (*Cárlos entra precipitadamente, y se arroja en los brazos de sus dos compañeros.*)

Gasp. Oh! vuelve á nuestros brazos... Hermanos, (*Señalando á Visconti.*) aqui le teneis destronado. (*Se acercan los tres á Visconti.*) Y tú, Visconti, aqui tienes á mis dos cómplices, cuyos nombres no ha podido arrancarme el tormento! míralos en tu presencia! Este es Rafael el labrador, á quien no reconocistes lo bajo el hábito de franciscano, y éste, Cárlos el lazzaroni...

Vis. (*Espantado.*) Son ellos...

Cár. Sí, noble orgulloso, somos los tres vasallos que deshonraste, y que tan injustamente proscribiste. En otra ocasion el puñal de Cárlos no pudo atravesar tu cota de malla... pero hoy con una sola mirada puede...

Vis. Perdon!

Raf. Perdon pides? Te concedemos la vida, por el interes que nos inspira la única persona que te ama.

Vis. Y quién puede amarme?

Raf. (*Viendo abrir la puerta.*) Mira... venid, hija mia, compadeced á vuestro padre.

Vis. (*Viendo á Blanca.*) Blanca!

Blan. Padre mio! Oh! el pueblo, los soldados, todos atentan contra vuestros dias... Profieren amenazas de muerte. Venid...! la capilla ducal será para vos un asilo, y estaremos bajo la salvaguardia del comandante Sforcia.

Gasp. Bajo la salvaguardía del duque de Milan.

Raf. Marchaos, Visconti: los hombres ya os han castigado, pero todavía os queda que dar cuenta á Dios...

Blan. Venid, padre mio. (*Blanca y Visconti salen: óyense fuera voces de viva Francisco Sforcia.*)

Cár. Ois esas voces...? nuestro hijo atraviesa la plaza como soberano; ven á verle, hermano...

Gasp. Oh! no me abandoneis.

Raf. (*Sosteniéndole.*) Gaspardo.

Gasp. (*Muy débil.*) Mi mision está ya cumplida. He empleado mis últimos momentos en proclamarle... pero ya mi vista se turba y padezco horriblemente...! oh! el tor-

mento, el tormento... (*Cae en sus brazos.*) Me han hecho sufrir cruelmente; llevadme delante de esa imagen. (*Arrastrando, sostenido por los dos, llega al pie de la Vírgen, que estará á la derecha en el proscenio.*) Aqui moriré á vuestra lado. (*Voces en el interior del palacio.- Entra una parte del pueblo, precediendo á los senadores y á Francisco.*) Ah! aqui está, sostenedme, quiero verle.. quiero verle...

Fran. (*Entrando*) Que se tengan con el príncipe destronado todas las consideraciones debidas... que lleven á la plaza los potros de tormento, y que se entreguen á las llamas... Esta es la iluminacion que tendrá hoy el pueblo milanes, y estas son mis órdenes... Decidme ahora, pueblo, nobles y soldados, quién de vosotros estaba al lado de mi padre cuando murió...?

Cár. Yo, monseñor.

Fran. Tú, Cárlos? Oh! cuáles han sido sus últimos pensamientos, sus últimas palabras?

Cár. Este pergamino que me confió al tiempo de espirar, os lo dirá!

Fran. Oh! dame, dame. (*Baja á la escena rápidamente, y lee.*) "Francisco! Voy á descubrirte un secreto, que solo la muerte podia revelar. Tu madre era una muger del pueblo, que murió asesinada en una cabaña de pescador en Placencia; y tu padre para vengarla me confió su hijo, al cual he engañado por un esceso de amor. Por tí hubiera dado mi vida... acuérdate alguna vez de tú anciano amigo." Oh! no era su hijo. (*Lee.*) "Tu padre vive, y te ama en secreto, porque si hubiese declarado tu nacimiento, te hubiese hecho partícipe de su pobreza. Te ha librado del hierro de Contarini, y de la crueldad del tribunal... salva á tu padre, Francisco, salva á Gaspardo el Gondolero...!" Gaspardo mi padre... Dónde esta?

Cár. Aqui le teneis, duque.

Fran. (*Cayendo de rodillas á su lado.*) Oh! padre mio... te han herido!

Gasp. Me han asesinado, príncipe.

Fran. Tu hijo ! tu hijo!

Gasp. (*Levantándose.*) Duque y soberano de Milan.

Fran. Te salvaremos.

Gasp. (*Haciendo el último esfuerzo.*) Hijo mio... yo te ben-

digo; haz feliz á tu pueblo... A Dios... hermanos... cuidad, cuidad de él.

Fran. Ha muerto! (*Cárlos apoya la cabeza en el hombro de Rafael, que devora sus lágrimas desesperado.*) Qué me queda ya en el mundo?

Raf. Blanca, y un pueblo que os ama.

FIN.